



Hugo Rivas

**EL SALTO
OCULTO**



Editorial
Costa Rica



Hugo Rivas

EL SALTO OCULTO



65
aniversario
ECR


**EDITORIAL
UCR**

EL SALTO OCULTO

© Hugo Rivas Ríos

© Editorial Costa Rica

Teléfonos: (506) 2233-0812 / (506) 8913-1016

Apartado Postal: 10 010-1000 San José, Costa Rica

Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com

www.editorialcostarica.com

Dirección editorial, edición y producción: Laura Solano Rivera

Corrección filológica: Gabriela Fonseca Argüello

Fotografía de cubierta: Guillermo Barquero

Diseño y diagramación: Doce puntos (Daniela Hernández)

Artes finales: Felipe Fernández

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apto. 11501-2060 • Tel.: (506) 2511-5310 • Fax: (506) 2511-5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario

Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior

Universitario Centroamericano (CSUCA).

Primera edición: R. C. Editores, 1993

Primera edición: Editorial Costa Rica / Editorial Universidad

de Costa Rica, 2024

Derechos reservados conforme a la Ley de Derechos de Autor

y Derechos Conexos. D. R. Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

C.R. 863.44

R618s

Rivas Ríos, Hugo, autor(a)
El salto oculto / Hugo Rivas Ríos
; — Primera edición. — San José, Costa
Rica : Editorial Costa Rica ; Editorial
Universidad de Costa Rica, 2024.

106 páginas ; 21x14 cm

ISBN: 978-9968-05-053-1

1. Cuentos costarricenses. I. Título.

SINABI/UT

2024

PRESENTACIÓN



El salto oculto del autor Hugo Rivas forma parte de un proyecto conmemorativo entre la Editorial Costa Rica y la Editorial Universidad de Costa Rica para los 200 años de la Anexión del Partido de Nicoya a Costa Rica. Esta edición rescata la obra de uno de los autores más contundentes de su generación y la pone en manos de nuevos lectores. Su publicación pretende asociarse a la celebración de una región y de un hecho central para la historia de Costa Rica.

CÁNONES

*Y vio Dios que la luz era buena;
y separó Dios la luz de las tinieblas.*

1:4 Gén.

Antes de que yaciera condenado para siempre bajo el muro, el Reglamento había sancionado varias veces su comportamiento, por herético. En ese tiempo, me parecía sin ninguna esperanza su arrastre como de anfibio, ya muy denso, cada vez que emergía del Coro de sonidos todavía amorfos, por la noche. Oía su respiración cada vez más espesa y húmeda, deambulando en medio del clavecín, del laúd, del virginal censurados, y por ello inútiles, en la oscuridad del claustro; y comprendía que el permanente rechazo de su súplica de ser un poco más humano era también el desprecio de su derecho a su pedazo de luz, a su poesía más elemental, a su música necesaria.

Todas las noches lo escuchaba, del otro lado de la pared, con gemidos casi dolorosos, pugnando por romper su viscoso caparazón demasiado poblado de negras cerdas, para salir al otro dolor, el de Ser como Todos.

Recuerdo que algunas tardes, cuando la Institución permitía la entrada del Coro, lo sublevaba un poco la sensación de Orazio Vecchi y, en el frenesí de las

sesiones corales de *L'Amfiparnaso*, edificaba la metáfora de la subversión, apoyado en Lucio e Isabella, contra el terrible Pantalone, que era su opresor, su objetivo por demoler. Pero, aun así, ni la más virulenta dramatización de esos tristes madrigales polifónicos (únicos permitidos por el Reglamento) saciaba su necesidad de El Instrumento.

Todo cambió la noche que escaló el muro y saltó al Otro Lado. Lo esperamos, ansiosos, hasta el alba. Necesitábamos verificar, por medio de él, la existencia de otras formas distintas de sombra y cemento enrejados.

A su regreso, sin embargo, no dijo nada; pasó pegando contra las paredes de una enorme pesadumbre, se abrió paso a través de nuestra desolación y se derrumbó, sollozando, en el claustro.

Una tarde lo encontramos rondando por el patio y se detuvo a contarnos que había conocido *El gabinete del doctor Caligari*, padecido su atmósfera de pesadilla: lo habían estremecido aquellas paredes y ventanas torcidas, los lúgubres faroles inclinados sobre las calles, la tristeza de la luz en el suelo como astillada en infinitas estrellas. En una feria —dijo— había visto a un hombre tenebroso exhibiendo un fenómeno viviente dentro de un féretro, que predecía el futuro y vaticinaba la muerte. Había sido horrible. Más tarde se había enterado de que el general Umberto Nobile, viajando en un dirigible, se había lanzado a la exploración del Polo Norte, sobre el que había dejado caer la bandera de su patria y una cruz del papa, antes de que los sorprendiera la terrible tempestad.

A partir de ese día comprendimos que, fuera de Aquí, el Mundo había cambiado demasiado sin nosotros, que éramos prescindibles, que estábamos olvidados. Entonces, nos resignamos a la obediencia.

Un día supimos que había sido llamado a la Regencia. Desde el pasillo de la Oficina Mayor lo vimos entrar, más hundido de lo normal en aquella pesadumbre, y fue directo al despacho del Director. Envuelto en su vieja túnica roja, protegido detrás de su repugnante tazón puesto sobre la reluciente superficie de vidrio, el viejo bastardo aceptó que podía estar de acuerdo con Müller en que tal vez el lenguaje nace de las imitaciones de los ruidos y sonidos de los animales o tal vez de las exclamaciones para expresar estados de ánimo o quizás desde su creación el hombre habló por un designio de Dios.

—¿Es eso lo que ustedes prefieren? De acuerdo. Pero todos Aquí avalamos a Schleicher, en cuanto a que el lenguaje es un organismo vivo, que tiene sus reglas propias y su existencia fuera de los individuos que lo hablen. Ese es el Orden, es el Reglamento. Lo demás no es más que una suposición o un acto de fe. —Bebió un poco de la taza—. Ah, y otra cosa —añadió—. Les advierto que hemos revisado *Nosferatu*, de Murnau, también expresionista y decretamos que es absolutamente superior a *El gabinete de Caligari*. —Se ajustó las gafas con el índice—: Además, la primera exploración aérea sobre el Polo se hizo en un globo aerostático, el Oinen, en julio de 1897, y fue encontrado trece años después en la isla Bianca; se precipitó sobre un banco de hielo y sus tres tripulantes alcanzaron

la isla a pie, pero murieron de hambre y fatiga. Algo aprendieron los imbéciles. —Levantó la taza hacia él—: Quedan advertidos.

Cuando lo vimos salir, arrastrándose con una dificultad casi dolorosa, lo adivinamos en el fondo totalmente destrozado y supimos que habían acabado con él.

Pero, una tarde, el silencio de vitrales se rompió con una inundación distinta de voces, apacibles unas, las más arrebatadoras, alimentadas todas por un fondo dulce y mágico, una corriente de aire celestial que nadie había sentido nunca. Supe que era El Instrumento. El Instrumento había sido puesto en ejecución. Entré al claustro y una explosión de luz triunfaba sobre la penumbra, un coro de tres criaturas etéreas vibraba en el ámbito. Entonces, lo vi a él. Su oscura masa había adquirido la forma de *alguien* y, en el centro de la luz, vi que era más bien una joven hermosa quien tañía el laúd; luego, saltaba al virginal o se sentaba al órgano. De pronto, era *El combate de Tancredo y Clorinda*, y ella describía, reforzaba, unas veces con viola, otras con el clavecín, los episodios que narraban los ángeles cantores.

Embriagada de su propia libertad, había roto, por fin, la sombra, y era aquel el salto de la oscuridad a la belleza de la Luz, me dijo, a la Luz-Inteligencia, la Inte-luz-encia, donde nace de nuevo la Palabra, se desacraliza la luz, la luz bella. «Soy Luzbella», se proclamaba, «el ángel maldito que ha venido a fornicar odiosamente la mentira de todos los cánones para fecundar con amor la verdad de la Imaginación

y la libre Voluntad», y me estremecí de horror. La veía, frenética, perpetrando, con una imaginación asombrosa, cantatas futuras sobre textos épicos como Monteverdi había hecho con *La Jerusalén liberada*, de Tasso. Se trasladaba sin tropiezo, con una vitalidad danzarina, en la punta de los dedos, por en medio del resplandor de vidrio de los querubines y de los instrumentos, con los brazos inconstantes, abiertos, revoloteando como una mariposa recién salida de la crisálida, desesperadamente, deseosa de vivir.

«Era hermosa aquella horrorosa herejía», le dije. Nunca había sido tan simplemente (y, quizás por eso mismo, tan bellamente) humana. «Pero la luz solitaria no perdura en la sombra perfecta porque nace siendo, a la vez, el destello final». Pese a ello, vi su frágil ternura de niña presta a defender ferozmente el mínimo territorio de aquella enorme disidencia.

Por la noche, oímos los hondos aletazos del Castigo, los terribles trallazos de la Destrucción. Sus gritos.

Ahora el Reglamento ha instituido, de nuevo, el Silencio y la Sombra y es como si aquí no viviera nadie. He visto pedazos profanos del *Orfeo*, del *Ariadna* arrastrados por el viento en el fondo del patio, escombros de clavecines y laúdes en la basura, y ella —sus anchos ojos de sangre, el hediondo borboteo de sus tripas—, gimiendo para siempre bajo el negro muro.

DESTRUCCIÓN DE LA ROSA

*... primo che sua bellezza sia fuggita
sicché fanciulle, mentre é piú florita
cogliam le belle rose del giardino.*

Angelo Poliziano

Por la azulina serenidad edénica del atardecer —*un no rompido sueño, un día puro, alegre*— entre ramazones de flores silvestres —*al monte y al collado do mana el agua pura*—, irrumpía desnuda, brillante de sudor, cargando su fardo de ropa; introducía la castaña inocencia de sus veinte años en las frescas aguas, contemplada por los venados desde la sombra del playón pedregoso. El agua limitaba con su rubia pubescencia, lavaba sobre las rocas, cimbraba su cuerpo bajo el verde tamarindo y cantaba como canta la Naturaleza al alba, porque ella era la *virtus*, la armonía, la vida retirada. Pero también... alguien vendría.

Bostezó con una lentitud cansada y dobló el ángulo superior de la página once (*El salto oculto*, 1986). Dejó el libro sobre el televisor y llegó casi exánime al refrigerador; luego, regresó sorbiendo lentamente la cerveza. Hizo, a duras penas, una escala en el estereofónico y Schuman empezó a inundar el cuarto, metiéndose

con el sabor helado en sus entrañas, confabulándose con el turbio humo del cigarrillo desde el sofá. Oscuros regimientos de infantería avanzaban por la espesa ciénaga de la arboleda destrozada por el hierro de los tanques. Se volatilizaban los arbustos con el horrendo impacto de los cañonazos; en medio de la deflagración del bosque en llamas, saltaban en pedazos los cuerpos, se hundían de costado los tanques. El mundo en guerra. Coca-Cola es así. Blue Sky, duradera protección desodorante. Rolex, el reloj para toda la vida. Ahora el sueño era un peñón en el cuerpo. Giró la perilla y vio la luz de la pantalla oscureciéndose, borrándose como él de la luz, de la vigilia.

Pero la luz continuó poco después. Saltó por el ventanal y lo sorprendió aún tumbado bocabajo en el sofá. Tropezó con el envase vacío y luego sintió su cuerpo resucitando bajo el chorro frío del agua. Entonces, otra vez, comprendió la mañana, el hábito invencible de seguir viviendo. Más tarde, era solo un cuerpo metido entre otros cuerpos, contribuyendo con su porción de anatomía en corbata y pantalones a la configuración de aquella *ciudadanía*, justificando, con su multitudinaria presencia en movimiento, el cemento de aquellas aceras, aquellas avenidas, aquellas esquinas, los semáforos y sodas, que era el espacio tangible que hacía posible creer en la existencia de un país. Luego, la mano —veloz, indigente— del pregonero que recoge las monedas y devuelve a las volandas aquel paquete de contenidos repetidamente infelices.

Apretujado en el extremo del asiento, indiferente a los cuerpos enlatados que respiran con resignación, que

huelen a baño reciente, que se rozan, que se aferran a la barra del techo, ha pasado una página y otra y, a la vuelta de la otra, el bus se estremece. Bajan cuerpos, suben otros. *Cadáver de mujer violada fue encontrado ayer en horas de la tarde. Ecuador retira apoyo a Contadora. La mujer presentaba una herida profunda en la parte posterior de la cabeza. Conferencia cumbre sobre armamentismo Reagan-Gorbachov sin ninguna perspectiva. Al parecer fue agredida por un sujeto desconocido que se dio a la fuga. Se excluirá lo relacionado con la llamada «guerra de las galaxias». El OIJ tras la pista del presunto homicida.* Otros cuerpos que se escabullen entre otros para saltar a la acera. Los espacios vacíos se saturan con otros forcejeos; suben otros roces, nuevas voces agobiadas, alarmadas: «Supiste lo del desfalco. Cien millones carebarramente choricados. Te diste cuenta, lo que está pasando en el espacio. No creo que haya peligro».

Fue entrando, como la imagen de un cinematógrafo que va lentamente deteniéndose, al espacio cerrado del cubículo, avanzando con una precisión automática en medio de escritorios atestados de documentos, blancas microcomputadoras, Epson, senos perfumados, IBM, camisas impecables, Apple, lociones penetrantes, bajo la luz artificial del cielorraso. Colocó el saco en el respaldo del asiento, vio sus dedos insensibles abriendo archivos, cuerpos llegando del otro lado de su pantallita, yendo y viniendo dentro de las cuatro paredes forradas con cuadros de paisajes, pergaminos de American Business y luego el tiempo pasando del otro lado del vidrio del reloj eléctrico. *La masa encefálica todavía aparecía adherida a la roca contra la que*

fue estrellada. El cuerpo de la occisa fue trasladado a la Medicatura Forense.

A mediodía el sándwich engullido en la Gran Boca de todos, el cigarrillo atreguado —Prohibido Fumar—, los intestinos anhelando la mesa del hogar. Las paredes se estrechan, el ámbito es asfixiante, la crueldad de la jornada recuerda el salario, el porqué de estar ahí, el motivo poco lúdico de la cotidianidad.

Antes de las tres, su cuerpo también empieza a removerse en la silla, el desasosiego general se sacude en la trampa, los ojos buscan anhelantes las tres de la tarde. Sufrir el tiempo hasta salir de él. «Algo va a pasar», ha dicho alguien. «No creo que haya peligro», se defiende una voz a sus espaldas. Detiene los dedos sobre el teclado, siente su cuerpo estremecido frente a la pantalla. Vuelve el rostro lentamente hacia las voces del fondo, ve los rostros reunidos, expectantes. Un terremoto. Una ola de calor. Alguien provocó una explosión nuclear, grandes nubarrones envenenados de radiactividad venían arrastrados por masas de vientos continentales hacia todos los puntos cardinales del planeta. *Los familiares de la occisa piden pena de muerte para el violador que ayer en horas de la tarde fue detenido por agentes del OIJ.* Había explotado accidentalmente un dispositivo nuclear en la cabeza de un cohete explorador. Eso era. Podía ser el fin del planeta.

Has despertado a medianoche oyendo el grito de alguien que llamó desde la acera. Te baña el sudor cuando apartás la cortina con la trémula punta de los dedos, pero solo ves el perro solitario caminando bajo

la turbia lámpara de la esquina desolada. Arriba, en el fondo del universo oscurecido, titila una estrella. Una sola conversa con todo el universo. Intentás de nuevo el sueño. Ves la llama, viva todavía, acompañándote al final del cigarrillo, pero la brasa roja se ha extinguido en el fondo del cenicero. Ya no hay nada. Ves que no ha quedado nada y te metés, resignado, en el insomnio, con la cabeza atormentada envuelta entre las manos.

En el centro de la mañana deflagrante, los rayos terribles del sol estallaban en el negro vidrio de los lentes. Sintió la hemorragia de sudor en las axilas, el estampido de los autos en las arterias, la multitud de voces en fuga. Qué pasaba. Casi corrió. Vio su sombra deslizándose sobre un eco distinto, su cuerpo flanqueado por otras paredes, la sucia terminal de una estación cualquiera, la vieja formadura de latón de un bus que abordó.

Apareció el ancho espacio de lanzas esmeralda que ondulaba el viento. Se internó dolorosamente en el filoso cañal y fue ascendiendo hacia el aire azulino de la cima, desde donde contempló, al cabo, el hondo valle y el aire era dulce, *la música callada, la soledad sonora, el silbo de los aires nemorosos*. Desde la cumbre airosa, una fontana cabrilleaba del otro lado de los cañales, sus pasos doblegaban el dócil pasto y *el suelo de pasada de verdura iba vistiendo*. La pequeña sabana se fue suavemente metiendo en el rumor del playón, hasta que, al fin, ahí estaba la rubia pubescencia hundida en las aguas mansas, bajo el tamarindo. Eran unos pezones rosados, unos cabellos más amarillos y menos castaños que los de la página 11 (*El salto oculto*, 1986), y el verde de las pupilas evolucionaba

casi hacia el azul cuando el rostro se volvió hacia él y lo divisó entre las ramas. Dejó de lavar y lo miró como desde hacía mucho tiempo.

—¿Es usted de acá? —dijo.

—He lugar lo artificio del venido huir ayer ante vida. Vos natural felicidad.

—¿De dónde viene usted?

—Tan coraje con amistad el aire del oro para veras, por favor.

—Aquí no hablan así —sonrió ella y retrocedió contra la piedra.

Los motores del F-15 por ejemplo padecen una severa escasez de piezas vitales de alta resistencia térmica debido a la carencia de cobalto el formato trató de correr Beta de Sony produce una elevada calidad de imagen pero la calidad de reproducción del sistema VHF demostró claras diferencias entre las velocidades características la atrapó por los cabellos de unidad de control remoto detención de la imagen programación automática para tres días y entonces vio horrorizado su cabeza contra la piedra, sus cabellos rubios con rojo, anaranjados.

Atravesó el humo del vasto cigarrillo que era su cuarto. Las seis de la tarde emergieron del estereofónico y su cuerpo estuvo puntual, de nuevo, contra el refrigerador. Sintió los poros rotos por el sudor, el olor del Blue Sky en los sobacos, el aliento a Coca-Cola, vio su mano crispada saliendo del Rolex, su reciente

excremento de porción de Kentucky flotando en el inodoro. Su intestino descansaba ahora del otro lado de las chimeneas. Oyó el fragor de la deflagración y densos nubarrones avanzaban por encima de las azoteas de San José, por en medio de los escombros en llamas. El suave piano de Schuman lo separaba de los oscuros regimientos de hombres exhaustos que prosperaban afuera. La cerveza lenta, como una irrigación, bajaba con un poco de Horacio y Fray Luis.

ALEGORÍAS

*Porque ahora es la Edad de Hierro.
Los hombres no cesarán de estar abrumados de trabajos y miserias...
y los Dioses les prodigarán amargas inquietudes.*

Hesíodo, Los trabajos y los días

La Máquina llegó, por fin, a principios del invierno, cuando todavía mi batalla con la *tensión muscular* estaba lejos de alcanzar el *claroscuro*, y Areté se aparecía muy de tarde en tarde por el apartamento. El aparato fue un acontecimiento que celebramos en la pieza de Esteban. Daba palmadas ruidosas en mi hombro, sacudido por las carcajadas borrachas. Nos mostraba el aluminio nuevo y brillante con una euforia encarnizada, terminando de apabullar nuestro asombro con aquella realidad tan contundente. Había tenido que sacrificar gran parte de su alimentación y su vestimenta para poder acumular, peso a peso, el valor de aquella Máquina, lo que significaba un esfuerzo ininterrumpido de varios meses. Tenerla ante sí, fue su apoteosis.

Desde entonces, Areté aparecía con más frecuencia en la pieza de Esteban, del otro lado de cuya pared divisoria descansaban sus afanes. Desde la ventana, la veía entrar al patio corriendo bajo el aguacero, saltándose los charcos, con los cuadernos bajo el brazo, hasta que llegaba al taller de él y pasaba la tarde esperando que

echara a andar la Máquina. Esperaba aquel instante con una expectación de ojos muy abiertos, de respiración suspendida, casi terrorífica. Pero el palurdo había tenido problemas desde el primer día para accionarla y se pasaba las tardes armándola y desarmándola en medio de un estruendo de herramientas contra el hierro, revuelto con imprecaciones furiosas. A veces salía al corredor, exhausto, y se quedaba oteando, con el ceño fruncido, el crepúsculo desangrado sobre las matas del patio. Areté venía a contarme que el pobre diablo pensaba devolver el aparato al almacén, pero que aún perseveraba.

Me parecía que ella se preocupaba excesivamente por él, sin ningún motivo. Aquel artesano no necesitaba que nadie se preocupara por él, pues había hecho de la soledad su búnker, su religión, su antibiótico. Pero, bueno, eso lo comprendía yo —que era también otro lobo solitario—, no Areté, que vivía con una familia numerosa, en medio de una pulpería apocalíptica, donde abundaban los hermanos mayores, los sobrinos y los primos. Era evidente que sentía a Esteban desde la mansedumbre de su recia experiencia como hermana menor. De modo que lo colmaba de atenciones que a cualquiera podían parecer escandalosas. A veces le llevaba navajillas para que se afeitara, pero sobre todo cigarrillos, cantidades de cigarrillos sueltos que traía escondidos en el bolso. Algunas veces le traía hasta enlatados cuando se le agotaban los víveres, y una que otra vez le lavaba la ropa, al atardecer, antes de irse.

A mediados del invierno logré una versión de la Niké de Olimpia casi impecable, a tal punto que supongo

que Peonio no hubiese podido menos que sentirse disminuido ante aquella túnica pegada al cuerpo por el viento. Pero para poder alcanzar aquella articulación de planos había tenido que pasar primero por el suplicio de la rigidez del cuerpo en tensión muscular que fue mi imitación del Discóbolo. Fue en la reproducción de aquella tremenda inmovilidad del instante en que el atleta está a punto de disparar el disco, cuando se me reveló el verdadero significado del estilo severo Siglo V, y toda la destreza de Mirón, en una sola noche. Areté escrutaba la Niké como quien sorprende a un ser de otro planeta metido en nuestra cama, y aquel esfuerzo me tenía al borde del colapso. Había muy poca luz en el taller. Apenas podían adivinarse, en la penumbra, los contornos esculpidos en medio de los estantes con mis libros universitarios. El parpadeo intenso de los relámpagos entraba por la vidriera y los truenos sacudían el cielorraso. Oí que ella me preguntó si quería una taza de café.

—Mañana iniciaré el Doríforo —le dije. Le expliqué que el proyecto consistía en ir desarrollando dos o tres etapas de la escultura griega mediante la imitación de las características de ciertas obras tipo.

—Hoy estuvo a punto de funcionar —dijo ella.

—El problema del claroscuro es que hay que saber trabajar con el quebrado y con el difuminado. Es la diferencia entre Policleto y Praxíteles.

—La máquina como que tosió —dijo ella—, como que quiso echar a andar. Sé que Esteban lo logrará. Es muy tenaz.

Era temprano aún y llovía a torrentes cuando ella trajo el café.

—Yo también sé que lo lograré. ¿Por qué no?

—Tengo que irme —me suplicó.

—Esperá que escampe —le dije—. En cualquier momento él la echa a andar.

Pero el diluvio no claudicó y la lluvia fue diseñando la trampa. Nunca la sentí tan cerca. Olía a sudor. A aquella distancia, sus cabellos eran de alumbre y el acné salpicaba sus pómulos. Era demasiado púber todavía, demasiado de vidrio para el terrible zarpazo. Creo que ni ella misma había salido aún del asombro de su propio cuerpo, cuando su organismo hizo contacto con la adolescencia. Tal vez aún no comprendía muy bien la lenta erupción de aquellos dos pezones y el amor debía de ser para ella una visita que esperaba con incertidumbre un día de tantos. Se defendió a manotazos, con las uñas, retorciéndose con una furia animal, que a veces tenía algo de júbilo y, otras, de terror, tratando de mantener incólume, a como fuese, el derecho de no ser descubierta, develada por simple contingencia, por el simple accidente de haber quedado atrapada por la lluvia en el cuarto de un amigo cualquiera. Se zafó, retrocedió lentamente, abrochándose la blusa, sollozando. Se peinó, sentada en el sofá, y luego se asomó a la ventana y se quedó mirando hacia el patio, como esperando que terminara de llover.

—Jamás te lo perdonaré— dijo.

—Sé que el maldito lo logrará. —Me limpié la sangre de la cara—. Es lo que ambos queremos, ¿no?

Me desplomé en la cama y me fui durmiendo lentamente. Cuando abrí los ojos, había dejado de llover y ella ya no estaba. Del otro lado de la pared, seguí oyendo el ruido de herramientas hasta el amanecer, cuando de nuevo comenzó la lluvia.

Aquella fue una semana terrible para mí. Una lucha sin cuartel con el Portador de la Lanza, pues el ejercicio significaba el paso de la forma en movimiento hacia la sugerencia del movimiento por medio de la luz. Ya no era el gesto, la actitud, la pose del atleta que transmitía el movimiento. Ahora tenía que trabajar con los relieves y huecos del cuerpo para que la luz al brillar en lo claro y ocultarse en lo oscuro diera la sensación de movimiento. Tenía ante mí al Doríforo, con aquella impasibilidad guerrera en el rostro que el mismo Policleto le dio. Pero mi pretensión era obviar la etapa del claroscuro quebrado, que fue la primera, y pasar de una vez al difuminado. Imposible. Todavía mis manos eran demasiado torpes como para alcanzar una Venus de Cnido. Durante esa semana, intenté muchas veces el claroscuro difuminado en el Portador de la Lanza, pero siempre los relieves resultaban demasiado toscos y quebrados. Estaba en el límite de la ansiedad la noche del fin de semana cuando despedacé al Doríforo contra la pared. Me quedé bocabajo, exhausto, en la cama. Del otro lado de la pared, me pareció que el perro sollozaba. Di mordiscos de impotencia en la almohada.

A veces cuando ella llegaba (ya muy raramente) a visitarlo, oía que trataba de reanimarlo. Le recriminaba que últimamente anduviese tan astroso, con la barba tan descuidada. Insistía en que ella misma iría al almacén a explicar el desperfecto de la Máquina, pues esta estaba cubierta por una garantía de un año. Pero él se negaba. «Es demasiado tarde», decía. «La he revisado tanto, que ya la tengo arruinada».

La última vez que vino, se quedó asombrada de los pedazos de madera dispersos por el suelo y los sillones del taller. No distrajo mi labor, ni siquiera me habló. Se limitó a barrer los pedazos hasta el patio. Limpió los muebles con un trapo y solo entonces me interrumpió para advertirme que ya iba siendo hora de que nosotros (el bastardo y yo) fuéramos a desmontar el patio.

—Qué va a pensar la gente —dijo.

—Hace tanto tiempo no me acuerdo de nada —repu-se—. No tenés idea de las de Venus que he tenido que despedazar contra la pared.

Ella estaba pensativa en el sofá y sorbía a poquitos una taza de café. Oíamos la lluvia inmensa acometiendo todo San José y nos sentimos un poco olvidados en aquel ostracismo tan hondo. Fui acabando con el café para luego iniciar el cigarrillo, que iba a ser el adiós. Oímos la tos, la voz quebrada del otro lado.

—Lamento lo de aquella noche.

Ella vino a despedirse con un beso en mi mejilla.

—Dentro de un par de años ya todo lo habré olvidado —dijo, y luego sonrió—. Sé que terminarás esa Venus. Vos podés.

—Trató de olvidarnos—. La acompañé hasta la salida, cubriéndola con mi paraguas.

En ese momento vimos al cerdo que salió de la casa, con un foco y el paño sobre los hombros, en dirección al baño. Areté tomó el bus en la acera y me dijo adiós, para siempre, desde la ventanilla.

De regreso, me topé con él. Me detuve a encender un cigarrillo para dejarlo pasar y, a la luz del fósforo, vi en sus pupilas acuosas una opacidad de amargura que me pareció similar al dolor o al padecimiento de una larga enfermedad. Nos miramos un instante, y él siguió su camino.

A finales del invierno algo dentro de mí había empezado a claudicar, no la energía, no el deseo, sino la esperanza. A veces me levantaba en la madrugada y caminaba en la penumbra del taller, me sentaba pensativo a fumar, delante de la Venus inconclusa. Trataba de descubrir qué era lo que aquella forma le negaba a mis manos, qué era lo que mis manos no podían domeñar en aquella masa. No sabía si estaba en el rudo misterio de la materia o en cierta incapacidad intrínseca mía. Sentía que era un desafío al que yo debía desistir, o por lo menos que podía postergar, aunque sabía que iba a ser como renunciar a un destino. Pasaba los días tirado en la cama, revisando viejos libros de arte clásico. Había dejado de asistir a clases

y enfrentaba el riesgo de que me suspendieran la beca. Me sentía envejecido, terriblemente innecesario para el mundo. El transcurso del tiempo había dejado de angustiarme, lo que señalaba una cierta despreocupación también por la costumbre de estar vivo, que es un hábito que alimentamos de tiempo. No sé cuánto había transcurrido desde que dejé el trabajo interrumpido. La última vez que bajé al taller descubrí enredaderas filtradas por la vidriera rota, adheridas al marco de la ventana. Hubiera deseado agarrar el mazo y despedazar la forma de aquella adolescencia inatrapable, impertérrita, desafiante.

La luz del fósforo fue como una explosión en la dura noche del taller cuando encendí el último cigarrillo del paquete y me desplomé en la cama, fijos los ojos en los oscuros contornos de la Areté Trunca, sus senos incipientes, sus puntitos de acné, su tierna pubertad, que los relámpagos de vez en cuando iluminaban. Salí al patio y caminé bajo la lluvia, sin importarme la violencia del agua ni el crecido montazal humedecido que golpeaba mi pecho.

Llegué a una puerta entreabierta, cuyas bisagras chirriaron con un énfasis de película de terror. Caminé entre paredes húmedas, apartándome a manotazos de la cara las negras mariposas, flanqueado por ruidos de grillos a lo largo de un zaguán, al final del cual estaba el bulto difuso, hundido en un mecedor, con la cabeza dislocada sobre un hombro.

Me senté en el otro mecedor, frente a él, y permanecí inmóvil, tratando de encontrarme, como en un espejo, en aquella gran derrota.

—La esperaremos —le dije—. Todos los días. Siempre.

Adiviné en la sombra la severa expresión de su rigidez interminable, y entonces vi la Máquina inservible, invadida por las plantas, en un rincón del cuarto.

ÍNDICE

Cánones	11
Destrucción de la rosa	17
Alegorías	25
El salto oculto	35
Memorias	43
Abdicación	55
La gran aventura	63
Antinomias	69
Diseño con fondo azul	73
La destrucción o el amor	79
Los días distintos	87
Borradores	95

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

ACERCA DEL AUTOR

Hugo Rivas Ríos. Nació en Santa Cruz, Guanacaste, el 30 de julio de 1954. Realizó los estudios primarios y secundarios en su natal Santa Cruz. Posteriormente, estudió Filología en el Centro Regional Universitario de Guanacaste y laboró, años después, en el periódico *La Prensa Libre*. Escribió los cuentos «Golpe de Estado», «Los niños» y «El ángel perverso» con los cuales se hizo merecedor del Premio Joven Creación en 1976 y cuya publicación con el sello de la Editorial Costa Rica inauguró la entonces Colección Joven Creación. En el año de 1988, publicó la novela *Esa orilla sin nadie* (Editorial Guayacán) y por la cual fue merecedor del Premio Nacional Aquileo J. Echeverría. Falleció el 3 de diciembre de 1992. De manera póstuma, en 1993, la Editorial Costa Rica publicó su libro de cuentos *Cambios de otoño*.

Edición aprobada en la sesión N. ° 2915
por el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica.
Impresa en papel editorial y cartulina barnizable
en el Sistema Editorial y de Difusión de la Investigación
(SIEDIN), Sección de impresión en el 2024.

CONSEJO DIRECTIVO
DE LA EDITORIAL COSTA RICA

PRESIDENTE
Tomás Federico Arias Castro

VICEPRESIDENTE
Carlos Rubio Torres

SECRETARIA
Ruth Cubillo Paniagua

DIRECTORES
Carlos Cascante Segura
Lisbeth Cubillo González
Paola Rodríguez Mesén

La Editorial Costa Rica apoya la protección de los derechos de autor, pues estos estimulan y defienden la creatividad y la cultura. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio. Al respetar la Ley 6683, apoya a las personas autoras y permite que la Editorial Costa Rica continúe publicando libros.

La literatura de Hugo Rivas Ríos mezcla un estilo preocupado por la melodía con un ojo clínico para analizar el mundo circundante y el mundo interior. Este libro de cuentos —cuya publicación fue interrumpida por su muerte en 1992, pero ahora es rescatada por la labor de la ECR y EUCCR— no es la excepción. De esta manera, Rivas hace música de cuestiones tan dispares como lo son el genio creativo de los seres humanos, las amistades narcisistas y pintoras, sexo en cuartos sucios hasta la médula, hermanas desterradas al trabajo entre los campos o, por ejemplo, de un coyote herido bajo la lluvia. La forma de construir tan particular de estos textos exige lectores atentos pero a cambio ofrece una cantidad inmensa de lecturas. Lo de Rivas es un virtuosismo con el oído, con la vista, con el pensar; rehúye de cualquier facilismo para golpear de manera avasalladora. En definitiva, *El salto oculto* es una ventana para volver a encontrar a un autor que el tiempo se llevó demasiado temprano.

Diego Quintero Martins
Premio Joven Creación 2022



Anexión
200 COLECCIÓN
años



EDITORIAL
UCR